

CAPITULO IX.

CRISTOBAL COLON.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO.

De 1470 á 1493.

Quién era Colon.—Su patria, educacion y juventud.—Cómo vino á Lisboa.—Progresos de los portugueses en la náutica en el siglo XV.—Ideas de Colon respecto á los mares de Occidente.—Presenta su proyecto al rey de Portugal, y es desechado.—Viene Colon á España: sus primeras relaciones: propónese su plan á los reyes.—Situacion de Castilla en este tiempo.—Consejo de sabios en Salamanca.—Es desaprobado en él el proyecto de Colon.—Determina salir de España.—Es llamado á la córte.—Recibe Isabel y acoge su plan.—Tratado entre Colon y los reyes de España.—Prepara su primera expedicion.—Parte la flotilla del pequeño puerto de Palos.—Fernando é Isabel en Aragon.—Atentado contra la vida del rey en Barcelona: conducta de Fernando: comportamiento de los catalanes.—Recobra Fernando los condados de Rosellon y Cerdeña.—Noticias del regreso de Cristóbal Colon.—Desembarca en Palos.—Descubrimiento del Nuevo Mundo.—Festejos, alegría general en toda España: asombro universal.—Colon á la presencia de los reyes en Barcelona.—Honores que recibe.—Relacion de su viage.—Sus trabajos: su constancia y su fé.—Primeros descubrimientos.—Las Lucayas.—Cuba.—La Española.—Toma posesion de aquellas tierras en nombre de la corona de Castilla.—Desastre en la flota.—Conducta del capitán Alonso Pinzon.—Fundacion de un fuerte y una colonia en la Española.—Regreso de Colon á España.—Mercedes que le hicieron los reyes: título de almirante: nobleza: su escudo de armas.—Pre-

parativos para el segundo viage.—Grave cuestion con Portugal.—Famosa línea divisoria tirada por el papa de polo á polo, y célebre particion del Océano.—Arréglese la contienda entre España y Portugal; tratado de Tordesillas.—Segundo viage del almirante Colon.—Nuevos descubrimientos.—La Dominica, Marigálante, Guadalupe: islas de los Caribes: peligros: hazañas de Alonso de Ojeda.—Otras islas.—Puerto Rico.—Desastrosa suerte de la colonia española en Haiti.—Conflicto de Colon: abatimiento en la escuadra.—Fundacion de la ciudad de *Isabela*.—Enfermedades en la colonia.—Descubrimiento de las montañas del Oro.—Vuelve la mayor parte de la flota á España.—Se renueva el entusiasmo general.

¿Cómo habian de pensar los conquistadores de Granada que la metrópoli del imperio musulmico español que acababan de ganar para el cristianismo habia de ser una adquisicion insignificante, en comparacion de las inmensas posesiones que allá en otro mundo habian de conquistar sus armas, y con que habian de enriquecer la corona de Castilla? ¿Y cómo habian de pensar en las conquistas de otro mundo, si ignoraban que este mundo existia? Y sin embargo habia este mundo, que la Providencia tenia destinado á engrandecer la nacion que mas que otra alguna del globo habia luchado con heroismo, con constancia y con fé contra los enemigos de la religion y del nombre cristiano. ¿De dónde habia de venir, y quién habia de obrar este prodigio que nadie esperaba?

«Un hombre oscuro y poco conocido, dice un ilustrado escritor español, seguia á la sazón la córte. Confundido en la turba de los importunos pretendientes,

apacentando su imaginacion en los rincones de las antecámaras con el pomposo proyecto de descubrir un nuevo mundo, triste y despechado en medio de la alegría y alborozo universal, miraba con indiferencia y casi con desprecio la conclusion de una conquista que henchía de júbilo todos los pechos y parecia haber agotado los últimos términos del deseo. Este hombre era Cristóbal Colon (1).»

Este personage, oscuro y desconocido entonces, ilustre y célebre despues, era natural de Génova (2).

(1) Clemencin, Elogio de la reina doña Isabel.

Estas espresiones del ilustrado secretario de la Real Academia de la Historia en el siglo XIX. han sido equivocadamente aplicadas por Lamartine á un «testigo ocular» de aquel suceso. No espresa quién fuese ni era fácil que lo espresara.—Lamartine, Retrato histórico de Cristóbal Colon, Parte I., núm. 22.

La vida y descubrimientos de Cristóbal Colon han sido ilustrados y documentados por el español don Martin Fernandez de Navarrete, ordenados y embellecidos por el anglo-americano Washington Irving, y poetizados por el francés Alfonso Lamartine. En estas tres obras se vé el genio de las tres naciones. Escusado es decir á cuál de las tres nos toca dar la preferencia como historiadores. Apreciando el orden y los pensamientos de los dos ilustres escritores extranjeros, la historia tiene que apoyarse principalmente en la parte documental, en la cual tanto se debe á las laboriosas investigaciones del erudito académico español.

(2) Mucho se ha disputado acerca de la patria de Colon; y no

pocas poblaciones se han querido apropiarse la honra de haber sido su cuna. César Cantú (Hist. Universal, Epoca XIV., cap. 4.), enumera hasta catorce. Y no sabemos cómo todavía en obras modernas y en diccionarios biográficos y geográficos ó se habla con incertidumbre de su patria, ó se le supone natural de Cúccaro, siendo así que en el documento que contiene la fundacion de su mayorazgo él mismo espresó bien su patria diciendo: *Della quale citta di GENOVA io sono uscito, é nella quale sono nato.*—Navarrete, Coleccion de los Viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. Introduccion, p. 28.—Herrera, Décadas de Indias, lib. I. c. 7.—Munoz, Hist. del Nuevo Mundo, l. II.

Parece que su verdadero apellido era Colomb ó Colombo, latinizado por él al principio en *Columbus*, de cuya analogia con la palabra latina *Columba* (paloma) dicen sacaba su hijo una significacion misteriosa, como que era el destinado á llevar el ramo de oliva á través del Océano, como la paloma de Noé. Despues para distin-

hijo de un cardador de lana, industria no reputada por innoble en aquella república y en aquella época. Cristóbal era mayor que sus dos hermanos Bartolomé y Diego, que despues tomaron tanta parte en sus trabajos y en sus glorias. Dedicóle su padre desde muy niño al estudio de la latinidad, de las matemáticas, de la geografía y astronomía en la universidad de Pavía. Su genio le inclinaba con ardor á la ciencia geográfica y á la náutica, y Génova, ciudad marítima, ofrecia abundancia de atractivos y proporciones á los jóvenes fogosos, activos y emprendedores como Colon. Hizo pues varias expediciones navales por el Mediterráneo, y parece estuvo ya encargado de arriesgadas empresas náuticas con motivo de las guerras de Nápoles producidas entonces por las pretensiones de los duques de Anjou. De todos modos Cristóbal Colon no era ya un marino vulgar, cuando en 1470, á consecuencia de un terrible combate naval, segun unos, de un naufragio segun otros, ó guiado por su instinto, ó conducido por la Providencia, arribó á Lisboa, centro entonces de atraccion para los geógrafos y navegantes de todo el mundo.

Porque en el siglo XV., en ese siglo que mereció señalarse con el glorioso titulo de *siglo de los descubri-*

guirle de otros le alteró en *Colonus*, y cuando vino á España le abrevió en *Colon*, acomodándole á la lengua española, que es el que

conserva.—Véase Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 1.—Washington Irving, Vida y Viages de Cristóbal Colon, lib. 4. c. 1.

mientos, debido al entusiasmo por las expediciones marítimas y al desarrollo y progresos de la ciencia náutica, era el pequeño reino de Portugal el que marchaba al frente de los adelantos en la navegación, el centro donde concurrían los espíritus aventureros de todos los países. Merced al superior talento, al celo y á la magnificencia del príncipe Enrique, hijo de Juan I., la marina portuguesa se distinguía por sus atrevidas expediciones, por sus conocimientos geográficos y marítimos, por la grandiosidad de sus empresas y la extensión de sus descubrimientos. La aguja de marear se generalizó entre los portugueses, los marineros adquirieron nueva audacia, habían doblado promontorios hasta entonces espanto de los navegantes, entre ellos el cabo Bojador, suceso que los escritores de aquel tiempo pintaron como superior á los trabajos de Hércules ⁽¹⁾, habían despojado la región de los Trópicos de sus fantásticos terrores, reconocido las costas de Africa desde Cabo Blanco hasta Cabo Verde, y conquistado islas ó desconocidas ú olvidadas hasta aquel tiempo. El príncipe Enrique concibió la grande idea de circunnavegar el Africa para abrir un camino directo y espedito al comercio de la India; pero la navegación del Atlántico estaba en su infancia, y á pesar de haberse extendido á la isla de la Madera y las Canarias, era tan poco conocido que los navegantes

(1) Historia de los Viajes, t. I., p. 9.

ignoraban que tuviese límites esta inmensa extensión de aguas ⁽¹⁾.

Este era el país que parecía convenirle á Colon, cuyo genio y cuyos conocimientos le llamaban á salir de los estrechos mares de la Liguria. Cuando llegó á Lisboa se hallaba en el vigor de su vida, pues contaba sobre 34 años de edad. Allí adquirió amorosas relaciones y se casó con la hija de un piloto italiano (lla-

(1) Las relaciones de los descubrimientos intentados por aquella parte están llenas de escenas terro-rificas y de todo lo que puede asustar una imaginación. En el itinerario del viaje hecho por el ilustre bohemio Leon de Rosmítal por Alemania, Inglaterra, Francia, Portugal é Italia, por los años de 1463 á 1467, impresa en latin en Stuttgart, se halla una curiosa relación de lo que oyó y le contaron cuando llegó á un pequeño puerto y aldea de Portugal llamado *Finis terre*, «porque mas allá, dice, no hay mas que aguas y piélago, cuyos términos nadie conoció sino Dios.»

Los marinos españoles habían hecho arriesgados viajes á las islas Canarias, cuya conquista se acabó á fines del siglo, igualmente que á la costa occidental de Africa, con la cual hacían los comerciantes españoles un tráfico importante desde los tiempos de Enrique III. Pero acerca del derecho de descubrimiento y comercio por aquellas partes origináronse grandes contiendas entre castellanos y portugueses, que ocuparon á las cortes de Castilla, y fueron objeto de disputas y de tratados entre los monarcas de ambos reinos, según en otros lugares de nuestra historia hemos referido;

hasta que en el reinado de Fernando é Isabel, por el tratado de 1479, que puso término á la guerra de sucesión con Portugal, se convino y determinó que el derecho de comercio y descubrimiento en la costa occidental de Africa quedase exclusivamente á los portugueses, renunciando ellos en cambio el que pretendían tener sobre las Canarias. Privada así España del recurso mercantil de la costa africana, distante de las grandes vías de comunicación con las regiones orientales, y sin los medios que otras naciones tenían para enriquecerse con los productos de las opulentas provincias de Asia, naturalmente tenía que volver la vista al Grande Océano que baña sus costas occidentales: mas la dificultad estaba en abrirse un camino mas corto que la India á través del Atlántico, no imaginándose ó no concibiéndose entonces que pudiera esto conseguirse por el Occidente, á pesar de que los pilotos y navieros españoles, especialmente los de las costas bética y cantábrica, acostumbrados á navegar á las Canarias y al litoral africano, no dejaban de propender á intentar nuevos descubrimientos siguiendo el espíritu y la inclinación del siglo.

mada Felipa Muñiz ó Moñis de Palestrello), famoso navegante del tiempo del príncipe Enrique, y gobernador que habia sido de la isla de Puerto-Santo. Su viuda, conociendo la pasión de su nuevo yerno á los estudios marítimos, le entregó todos los papeles, cartas, diarios, apuntes é instrumentos que de su difunto esposo le habian quedado, y que fueron verdaderos tesoros para Colon, puesto que por ellos conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas, y su lectura y estudio le ayudaron á discurrir sobre la navegacion por el Occidente y la India, y le escitaron á viajar con los portugueses por las costas de Guinea y de Etiopía. Esto le proporcionó tambien vivir algun tiempo en la isla de Puerto-Santo, donde su muger habia heredado alguna propiedad, y allí tuvo á su hijo primogénito Diego ⁽¹⁾. El tiempo en que no navegaba le empleaba en dibujar y levantar cartas geográficas que vendia y de que sacaba para sustentar á su familia, y sus mapas le iban dando grande reputacion de entendido cosmógrafo entre los sabios. Uno de estos fué el docto florentino Pablo Toscanelli, cuya correspondencia le fué utilísima, y el cual contribuyó poderosamente á alentarle en sus estudios y en los grandes proyectos que ya Colon traia en su mente. Acaso tambien fué el que le dió á conocer las magníficas y maravillosas narraciones del veneciano Mar-

(1) Navarrete, Coleccion de Hist. de Indias, lib. I. Viages, Introd. p. 81.—Las Casas,

co Polo, que entonces se consideraban como fabulosas, acerca de las opulentas regiones del Asia, de Cipango y de Cathay, de los países del oro y de las perlas. Ellas ayudaron á Colon á fijarse en el pensamiento de llegar por el Occidente á las costas de Asia, ó de la India, como él la llama siempre, suponiendo estenderse aquella parte del globo hácia Oriente hasta comprender la mayor parte del espacio desconocido.

Diferentes especies de razones servian de fundamento á Colon para creer que hubiese tierras desconocidas en Occidente, y que el mar interpuesto entre el mundo antiguo y el que imaginaba, fuese posible y tal vez fácil de atravesar. Apoyábase en las vagas opiniones de Aristóteles, de Estrabon, de Tolomeo, de Plinio, de Séneca y otros autores antiguos sobre la redondez de la tierra. Recogia con avidéz cuantas noticias, datos ó indicios suministraban los pilotos y navegantes que habian pasado mas allá de las Azores. Pero el principio en que fundaba principalmente su teoría era la esferoide del globo y la existencia de los antípodas. Si la tierra es esférica, decia, se podrá pasar de un meridiano á otro, ya en direccion de Oriente, ya en sentido inverso, y ambos caminos serán complemento uno de otro; de modo que si uno pasa de ciento ocho grados, el otro será mucho menor. Así que, dos felices errores, el de la estension imaginaria del Asia hácia el Oriente, y el de la su-

puesta pequenez de la tierra, le conducian á una verdad, y como dice uno de sus doctos biógrafos, el atractivo de lo falso le llevaba hácia lo verdadero. De todos modos, Colon intentó penetrar uno de aquellos misterios de la naturaleza, que entonces se hacian increíbles, aun supuesta la redondez del mundo, no descubiertas aun las leyes de la gravedad específica y de la gravitacion central. Y tan pronto como estableció su teoría, se fijó en ella con toda la resolucion de un hombre de genio que tiene fé en sus cálculos, lo cual unido á su profundo sentimiento religioso le hacia mirarse como un hombre destinado por Dios para cumplir altos designios.

Fijo en su grande idea, y aprovechando la feliz oportunidad con que se descubrió la aplicacion del astrolabio á la navegacion, pero falto de recursos, propuso al rey don Juan II de Portugal, en cuya córte tanto se protegian las empresas náuticas, que si le suministraba hombres y bageles, emprenderia el descubrimiento de un camino mas corto y directo para la India, marchando vía recta al Occidente á través del Atlántico. El rey le oyó, y consultó la proposicion con una junta de personas inteligentes, la cual calificó su pensamiento de quimérico y estravagante, y condenó su proposicion por insensata. Con todo, no faltó quien al ver al monarca poco satisfecho del dictámen de la corporacion, le propusiera que se entretuviese al marino genovés, en tanto que se enviaba sigilosamente

un buque en la direccion por él indicada, para cerciorarse de los fundamentos de su teoría, cuyo buque salió, y regresó despues de haber pasado las Azores, sin resultado alguno, lo cual sirvió para acabar de ridiculizar el proyecto de Colon. Indignado éste de la superchería, y no ligándole ya lazo alguno con aquel reino, pues habia perdido á su esposa, abandonó secretamente á Portugal, llevando consigo á su hijo Diego, reducidos ambos á la mas extrema pobreza ⁽¹⁾.

No se sabe si fué entonces ó antes cuando hizo Colon igual ofrecimiento á Génova su patria, donde no tuvo mas feliz acogida, y donde recibió tambien una repulsa igualmente desdeñosa. Lo cierto es que desechado su plan en ambos paises, volvió su vista á Castilla, donde los genoveses habian sido de antiguos tiempos muy generosamente favorecidos, y determinó buscar amparo en los reyes de Castilla, que tenian fama de amantes de las grandes empresas y de protectores de la marina y del comercio.

A la puerta del convento de religiosos franciscanos de la Rávida, distante media legua escasa de Palos, pequeño puerto de Andalucía, llegaron un dia dos viajeros á pié, pobremente vestidos, llenos de sudor y de polvo, el uno que parecia ya de edad madura,

(1) Washington Irving en su libro I. ha recogido varios otros curiosos pormenores sobre la estancia de Cristóbal Colon en Portugal, y aun habla de una carta que aquel rey escribió algunos años despues al desdeñado marino invitándole á que volviese á su reino.

el otro jóven de corta edad, que mostraba ser hijo suyo, para el cual pidió al portero del convento pan y agua. Era el estío de 1485⁽¹⁾ y un sol ardiente abrasaba los campos de Andalucía. Mientras el niño tomaba aquel pequeño refrigerio, el guardian del convento Fr. Juan Perez de Marchena, que por allí pasaba, reparó en la magestuosa y grave presencia del viagero, en su mirada penetrante, espresiva y dulce, en su noble fisonomía, y hasta en su vestido, que aunque pobre y estropeado por el polvo y las fatigas de un largo viage, revelaba cierta elegancia que no era de un hombre vulgar. Acercóse á él, le habló con dulzura, se informó de los antecedentes de su vida, y entonces supo que los huéspedes de la portería eran Cristóbal Colon y su hijo Diego, que caminaban á la vecina ciudad de Huelva⁽²⁾, donde residia un cuñado de aquel. Detúvolos el guardian, hombre tan piadoso como entendido, admirado y enamorado de la agradable é instructiva conversacion del extranjero, dándoles grata hospitalidad en el convento. Entendiéronse fácilmente el religioso y el peregrino. Este confió á aquel el secreto de sus grandiosos planes; y el padre Marchena, que tal vez por su trato con los famosos y entendidos marinos del vecino puerto de Palos,

(1) Lamartine dice haber sucedido esto en la primavera de 1471. Retrato histórico de Colon, p. 1.º, núm. 3. De modo que este escritor anticipa catorce años nada menos la venida de Colon á España.

Error que no sabemos cómo disculpar en quien escribe de propósito la biografía de un personaje tan notable.

(2) No al pequeño pueblo de Huerta, como dice Lamartine.

poseia conocimientos acerca de la ciencia de la navegacion que no podian esperarse en un hombre del claustro, comprendió la importancia, la grandeza y tal vez la posibilidad de los vastos designios de Colon, y se ofreció á ser su amigo y su protector, y á introducirle y recomendarle en la córte de sus soberanos. La religion comprendió al génio, dice elocuentemente uno de los biógrafos del ilustre genovés. El piloto Velasco y el médico Garcí Fernandez de Palos contribuyeron mucho en las conferencias de la Rávida, con su práctica el uno, con su ciencia el otro, á confirmar al padre Marchena en la alta idea que formó de la persona y de la gigantesca concepcion del huésped que parecia haberle deparado el cielo⁽⁴⁾.

Fr. Juan Perez habia sido confesor de la reina Isa-

(4) El señor Nayarrete, en su *Coleccion de los Viages y descubrimientos*: etc. al propio tiempo que tiene por fabulosa la especie de que un piloto de Huelva, llamado Alonso Sanchez, navegando á Canarias cerca del 1484, fué arrojado por una tormenta hasta la isla de Santo Domingo, y que volviendo á la Tercera comunicó á Colon su viage y derrotero, añade: que segun testimonio de Fr. Bartolomé de las Casas, que vió unos libros de memorias escritos por el mismo Colon, tratando de los indicios que habia tenido de tierras al Occidente, citaba á un Pedro de Velasco, vecino de Palos, que le afirmó en el monasterio de la Rávida haber descubierto la isla de Flores; á otros dos marinos españoles, que en un viage

á Irlanda, desviados de su derrotero, avistaron una tierra que imaginaron ser la Tartaria, y era Terranova; que los vascongados pretenden tambien haber descubierto un paisano suyo llamado Juan de Echaide los bancos de Terranova muchos años antes que se conociese el Nuevo Mundo. «Todo esto prueba por lo menos (prosigue) que los castellanos de la costa cantábrica y los andaluces navegaban con intrepidez engolfándose en el Océano, y que Colon no se desdenó de oír sus relaciones para comprobar con ellas sus escrituras y ratiocinios.» Introd. p. XLVII. y sig.—Los dos hermanos Pinzones, vecinos de Palos, se habian hecho ya ricos y famosos por sus expediciones marítimas.

bel, y conservaba relaciones de amistad con el que lo era entonces, Fr. Fernando de Talavera, prior del monasterio de Prado. Parecióle, pues, que á ninguno mejor podia encomendar el patrocinio del grandioso plan y del magnífico ofrecimiento que Colon iba á presentar á los reyes de España, y en el principio del año siguiente (1486) envió á Colon á Córdoba, donde se hallaba la corte, con cartas para el confesor Talavera. Pero este piadoso varon, instruido y docto en las ciencias eclesiásticas, carecía de los conocimientos, estraños en verdad á su profesion y carrera, que pudieran hacerle comprender la sublime teoría que se le recomendaba, y la miró como un sueño irrealizable. Siendo como era el confesor un hombre tan benéfico, ni siquiera le proporcionó una audiencia con la reina. Colon, estrangero, pobremente vestido, y sin otra recomendacion que la de un fraile franciscano, no era fácil que se hiciera escuchar de una corte, por otra parte embargada toda en las atenciones de una guerra viva con los moros. No es en medio del bullicio y de la movilidad donde se puede hacer comprender los pensamientos grandes y nuevos. Sin embargo, no desmayaron ni Colon ni su generoso protector el padre Marchena. Tuvieron paciencia y esperaron ocasion mas propicia. Logró al fin el infatigable guardian de la Rávida interesar al Gran cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza varón juicioso, ilustrado, benévolo y amable, el cual accedió á oír á Colon y

escuchar sus razones. Asustó al principio al cardenal una teoría que le parecia envolver opiniones heterodoxas; pero la elocuencia de Colon, la fuerza de sus razones, la grandeza y la utilidad del designio y la fervorosa religiosidad de que estaba animado el autor, vencieron las preocupaciones del prelado, y Colon obtuvo por su mediacion una audiencia con los reyes.

Apareció el estrangero con modesta gravedad á la presencia de los soberanos de Castilla. «Pensando en lo que yo era, escribia él mismo despues, me confundia mi humildad; pero pensando en lo que llevaba, me sentia igual á las dos coronas.» Fernando, frio y cauteloso, pero nunca indiferente á las grandes ideas; Isabel, mas expansiva y mas entusiasta de los grandes pensamientos, ambos oyeron á Colon benévolamente; pero tratábase de un proyecto que requería conocimientos científicos y especiales, y quisieron someterle al exámen de una asamblea de hombres ilustrados, que determinaron se reuniese en Salamanca, bajo la presidencia de Fr. Fernando de Talavera. Aunque para este consejo se nombraron profesores de geografia, de astronomía y de matemáticas, eran la mayor parte dignatarios de la Iglesia y doctos religiosos, que miraban con desconfianza y con incredulidad toda idea que no estuviese en consonancia con su limitado saber, y rutinarias doctrinas, y era peligroso sostener teorías que pudieran parecer sospechosas á la recién establecida Inquisicion. Así fué que en lugar de examinarse

el proyecto de Colon científicamente en la junta del convento de San Esteban de Salamanca, apenas se hizo sino combatirle con textos de la Biblia, y con autoridades de Lactancio, de San Agustin y de otros padres de la Iglesia, de las que deducian que la tierra era plana, que no era posible existiesen antípodas que anduvieran con los pies arriba y la cabeza hácia abajo, y con otros semejantes argumentos, calificando las proposiciones de Colon de insensatas, de poco ortodoxas y casi heréticas. Sin embargo, Colon combatió con dignidad, con elocuencia y con razones sólidas las preocupaciones del consejo. Pero eran los albores de la luz luchando con una niebla densa y apoderada del horizonte, no solo de España sino de todo el mundo⁽¹⁾; y el que hablaba era además un extranjero desconocido, y mirábanle como un aventurero miserable. Así, á los ojos del vulgo pasaba por un fanático, un soñador ó un loco. No faltó á pesar de eso quien conociera el valor de sus elocuentes raciocinios, y se mostrara adicto á sus proyectos. Entre otros merece citarse con honra el religioso dominico Fr. Diego de Deza, profesor de teología entonces y maestro del príncipe don Juan, inquisidor despues y arzobispo de Sevilla, que le daba

(1) Entre otros argumentos le oponian las palabras del Salmo en que se dice que los cielos están entendidos como un cuero, y las de San Pablo en que se compara los cielos á un tabernáculo ó tienda estendida sobre la tierra, etc. tomando en sentido literal estas y otras frases de los libros divinos, para probar que el mundo no puede ser esférico, con otras semejantes razones muy propias de teólogo, pero no de cosmógrafo.— Pueden verse mas por estenso en Irving, lib. II. cap. 4.

habitacion y comida en el convento, y fué mas adelante su especial protector para con los reyes⁽¹⁾. La apática junta no resolvió nada, y dejó trascurrir tiempo y años, como cosa que ni le importaba, ni en su entender habia de tener nunca resultados.

En los años que en tal estado trascurrieron, Colon extranjero y pobre, teniendo que atender á su subsistencia y á la de su hijo, se la procuraba «vendiendo libros de stampa, ó haciendo cartas de marear,» como dicen los célebres escritores contemporáneos⁽²⁾. Protegiéronle tambien algunos magnates, principalmente los poderosos duques de Medinasidonia y Medinaceli, y consta que este último le mantuvo á sus espensas al menos por espacio de dos años. Los reyes no le abandonaban tampoco: librábanle de tiempo en tiempo cantidades para su manutencion y particulares gastos, y solian espedir reales cédulas para que en sus viages se le hospedase gratuitamente y con decoro⁽³⁾. Honráronle tambien en cuanto podian y quisieron tenerle á su lado en los sitios de Málaga y de Granada. De modo que Colón solia seguir frecuentemente la corte, y puede decirse que obraba como quien estaba al servicio de los reyes de Castilla.

Pero cansado al fin de la penosa tardanza en resolver su proposicion, instó á la corte para que se le

(1) Cartas de Colon á su hijo: las Casas, lib. I. c. 30. Navarrete, Viages, tom. I.^o

(2) Bernaldez, Reyes Católicos, cap. 119.—Fr. Bartolomé de

(3) Así consta haberlo hecho en 1487 y 1489